

Mujeres y Ejército

¿QUE HACE UNA CHICA COMO TU EN UN SITIO COMO ESE?

A mediados del mes de marzo pasado, aparecía en la prensa una noticia "insólita", Ana Moreno, una joven de 17 años había solicitado su ingreso en la Academia General del Aire. Este hecho pone de nuevo a la orden del día un debate que parecido a los ojos del Gaudiano, aparece y desaparece con cierta regularidad desde principios de los 80, probablemente porque todavía no se haya encontrado el momento ni el lugar adecuados para que la desembocadura se produzca en "aguas tranquilas".

De nuevo, a raíz de este hecho hemos visto escritos, algunos de los argumentos más recalcitrantemente machistas y discriminatorios, en boca —pluma en este caso— de "intelectuales de prestigio" para justificar la discriminación de las mujeres. Argumentos todos ellos ridículos y faltos de consistencia, más dignos de calificar como pura paleontología política que como argumentos serios, pero que sin embargo todavía hacen mella en algunos sectores sociales —de "ellos" sobre todo—. En esa línea, Sánchez Ferlosio escribía en El País del 28 de marzo pasado cosas tan jugosas como éstas: «...La exclusión de las mujeres del servicio militar es una de las pocas diferencias entre sexos que sólo desde una actitud irreflexiva puede considerarse como ofensivamente discriminatoria pues, si lo fuese, no habría de considerarse menos ofensivo para las mujeres cualquier texto de anatomía humana que registrase el dato fisiológico del mayor desarrollo muscular de los varones adultos con respecto a las mujeres adultas... parece pues fuera de lugar llamarse a agravio por semejante exclusión».

Nada nuevo, en definitiva. Las mujeres ya sabemos de la utilización de esos y muchos otros argumentos "biológicos" utilizados para justificar una discriminación y opresión histórica que pretende mantenernos relegadas al mundo interior, privado (la casa, la familia, los hijos...) y que hace recaer sobre nuestras espaldas todas las tareas que

una sociedad injusta y opresora no quiere asumir, porque le resulta mucho más rentable que lo hagamos nosotras.

Es evidente que no compartimos ninguno de esos argumentos, de esas falsedades cuando planteamos nuestra posición decididamente opuesta a formar parte del Ejército.

La integración en el ejército, un "avance" en la emancipación

Mucho más siblinamente peligrosos nos parecen los argumentos que se están utilizando para defender el "derecho" de la mujer a participar en las Fuerzas Armadas. Se presenta esa posibilidad como un serio avance en el camino de la emancipación de las mujeres. Resaltando sobre todo lo significativo que esa institución, el Ejército, es —ha sido, dicen ellos— coto cerrado del poder masculino y lo que representaría por tanto de ruptura de esquemas arcaicos y avance en la igualdad, la participación en un terreno hasta ahora completamente vedado para nosotras.

Es necesario entrar a fondo en lo que significa esa propuesta para las mujeres, lo que se persigue con ella, a qué responde realmente.

En primer lugar, hay que aclarar qué "igualdad" es la que podemos esperar para nosotras en el interior de una institución que resume los valores ideológi-

cos más reaccionarios y discriminatorios: la sumisión, el acatamiento ciego de las órdenes, la disciplina y jerarquización; y que considera valores supremos la fuerza, la virilidad, la agresividad, la capacidad para aniquilar al "enemigo" sin el mínimo asomo de duda...

La realidad de la situación de las mujeres en esos ejércitos deja clara la falsedad de las posibilidades emancipadoras que nos anuncian. Se nos reserva una vez más las tareas que responden —y mantienen— al papel y los valores que nos impone esta sociedad-enfermería, oficinas, retaguardia... De nada sirve que intente embellecerse esta situación planteando en grandes titulares que las mujeres reciben la misma instrucción militar que sus compañeros, si luego las tareas que se les asignan a unos y otros perpetúan ese esquema discriminatorio. Y esa es la realidad: en el Ejército de los EEUU pueden recibir una fuerte instrucción militar, aunque no se sepa muy bien con qué finalidad, puesto que la ley les prohíbe explícitamente entrar en combate. En Alemania el manejo de las armas está constitucionalmente prohibido para las mujeres.

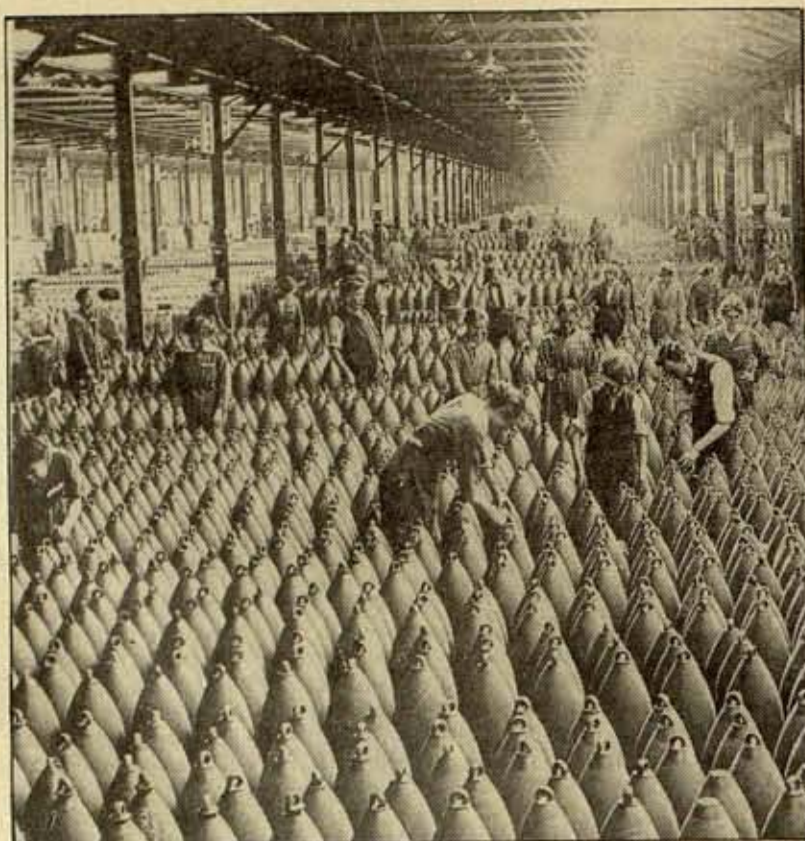
Por otro lado el machismo y las agresiones son la tónica, alcanzando en algunos casos mayores dimensiones que en la vida civil. Según datos oficiales en 1980 se produjeron 43 casos de violación en los cuarteles americanos estacionados en la República Federal Alemana. Según datos extraoficiales en Fort Dix (Nueva Jersey-USA) se producen anualmente más de 60 violaciones.

Igualdad de derechos, igualdad de deberes

Otro de los argumentos que han vuelto a oírse estos días para "avalarse" nuestra necesaria incorporación al ejército es la "igualdad de deberes". Si nosotras luchamos por tener los mismos derechos que los hombres, debemos estar dispuestas a participar de los enormes deberes que recaen sobre ellos. Participar de la "defensa nacional", es uno de los fundamentales.

Sin embargo los máximos defensores de ese estilo de igualdad, se olvidan por completo de un hecho que, por obvio, obliga a pensar que lo hacen con demasiada mala fé, con demasiados intereses que esconder detrás de esas ideas: las mujeres tenemos en esta sociedad muchísimos más deberes —y más desagradables— y muy pocos derechos.

Deberes que significan una marginación total de la vida pública y social. Que nos obligan a



cuidar —nosotras, no ellos— de los hijos, los maridos, los padres, los abuelos... a lavar, fregar, planchar... en un trabajo exhaustivo sin ningún reconocimiento social.

Deberes que significan mayores dificultades para acceder a un puesto de trabajo. O que, cuando lo conseguimos, sea siempre en peores condiciones que los hombres, en trabajos menos cualificados y cobrando menor salario. Mano de obra ideal para mantener la economía sumergida, sin condiciones ni seguridades.

Se olvidan que nosotras cargamos con el "deber" de soportar los resultados de una sociedad machista que se traduce en agresiones, malos tratos y violaciones en la vida cotidiana de muchas mujeres.

Ahora, eso sí, debemos cargar con un "deber" más aunque no se esté dispuesto a hacer efectivos ya, sin más dilaciones, todos nuestros derechos. Incluido el de decidir sobre nuestras vidas y nuestro cuerpo.

La igualdad que queremos las mujeres

Frente a todo ese discurso vacío sobre la igualdad, las mujeres nos reclamamos de nuestros propios valores, de nuestro derecho a decidir hacia donde queremos avanzar y cómo hacerlo. Nuestro derecho a sentirnos iguales y solidarias con las mujeres oprimidas y discriminadas, no con los que man-

tienen —de una forma u otra— nuestra opresión.

Iguals en la insumisión, la insubordinación, la rebeldía contra la sociedad que nos oprime. Solidarias con el resto de mujeres que luchan por construir una sociedad sin discriminación por razones de sexo, raza o clase. Sin ningún tipo de explotación, donde los intereses económicos de unos pocos llevan a la miseria, la exasperación de mujeres y hombres. Sin el militarismo, ni en la economía ni en las relaciones sociales, responsable del despilfarro social en armamento, de la implantación de formas, actitudes, ideología, cada vez más agresivas y militaristas...

Precisamente, por eso rechazamos esa sociedad, esa opresión, no podemos aceptar que se nos quiera utilizar para reforzar una de sus instituciones más reaccionarias, que tiene como objetivo mantenerla a cualquier precio, defenderla del menor ataque. Y que por lo tanto se sitúa objetivamente en contra de los intereses de las mujeres, de nuestra emancipación, de nuestra lucha.

Precisamente, por eso también, no hacemos una batalla central, no queremos entrar en ella, de la exigencia de igualdad en el interior de la institución militar. Porque aún en el caso hipotético que fuera posible —que no lo es— continuaríamos oponiéndonos, luchando contra una institución creada y mantenida para defender el orden social que nos oprime.

Fina Rubio



Salón de la Infancia, en Barcelona. Así se prepara, también a las mujeres.



Se empieza queriendo volar... y se acaba reprimiendo. Lo militar y lo represivo se confunden. (Mujer policía en Sudáfrica)